

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

OCTUBRE N.º 47 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V 1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO

Wamba, por F. F. V.—La caridad, poesía, por María Hurtado.—Calvario y redencion, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Apólogo, poesía, por Julia Asensi.—La mano de la providencia, por V.—Camino del cielo, poesía, por Pedro A. Alarcon.

WAMBA EL TRIUNFADOR

(Conclusion.)

Obstinada fué la defensa que hicieron amparados por las murallas de aquella ciudad; mas tambien fué ejemplar el castigo de los rebeldes, porque exasperados los del partido real con tan larga resistencia, cuando al fin entraron en la ciudad lo llevaron todo a sangre y fuego. Con tan célebre conquista, no solo quedó ya cimentada una verdadera paz, sino que pudo Wamba ver humillado a sus plantas a Paulo y a veinte caudillos de la sublevacion. Favorecido así el monarca por la fortuna, cuando supo que el rey de Francia Chilperico II, intentaba venir a repeler lo que él llamaba una invasion hecha en Francia, le ahorró parte del camino, y llegando

al sitio de donde no era lícito pasar sin violar la fé de los tratados, esperó por cuatro dias en campaña abierta a los contrarios, que no llegaron a corresponder a esta invitacion. Hasta los triunfos en los mares, que eran desconocidos en los de la gótica monarquía, se lograron en los felices tiempos de Wamba, cuyas fuerzas navales derrotaron una poderosa armada de los sarracenos.

Tan célebres victorias eran dignas del triunfo mas ostentoso, y aquel rey modesto en su origen, pero de grandiosas ideas, cuando se trataba de sostener el prestigio del puesto que ocupaba y de ensalzar las glorias de su nacion, determinó celebrarlas con una entrada triunfal, a manera de las que habian verificado los héroes y emperadores romanos. Toledo, que sino era el lugar de su nacimiento, era por lo menos el de su predileccion y el de su opulenta corte, debia ser tambien el sitio elegido para celebrar su triunfo. Un dia entero duró la entrada de las tropas vencedoras en aquella ciudad, embellecida por el monarca con obras tan costosas como útiles, y aquel dia fué de júbilo para todos. Las calles estaban adornadas, cubiertas de flores y yerbas olorosas, y por entre la inmensa muchedumbre que las obstruía, desfilaba la brillante comitiva que empezaba a ordenarse en la vega y subia en magestuosa columna hasta el alcazar

de los reyes. En medio de aquellos veteranos tan notables por su bizarria como por la satisfaccion que se pintaba en sus semblantes, iban los prisioneros, los rebeldes á quienes el rey habia hecho merced de la vida: pero condenados á perpétua prision. Iban vestidos de sucio ropaje y montados por irrision en unos camellos para que mejor fuesen el blanco de las miradas y burlas del pueblo. Paulo, principal promovedor de la discordia llevaba la cabeza despojada de su cabellera, y puesta en ella por escarnio una corona de cuero negro. Despues y en medio de toda la gala y magnificencia de su corte se ostentaba sobre un rico carro triunfal el rey Wamba, cuya majestuosa persona se mostraba revestida con los coturnos y clámide purpúrea de los emperadores romanos. Seguian considerable número de banderas, armas y despojos de los vencidos, y todo cuanto se juzgó digno de contribuir al engrandecimiento del triunfo. La multitud que se agolpaba ansiosa por todas partes, elevaba sobre el eco de los bélicos instrumentos sus cantos de alegría, y sus aplausos de victoria, para ensalzar á aquel rey que en sus hazañas y entrada triunfal emulaba dignamente los celebrados triunfos del Capitolio.

III.

El viento de la noche mecía blandamente los arboles plantados al rededor del claustro de la antigua abadía de Pampliega, é introduciéndose despues en la iglesia por la entreabierta portada del claustro, hacia tambien oscilar la llama de varios cirios que ardian al rededor de un fúnebre ataud. La confusa claridad de la luna aunque penetraba por las altas ventanas, no podia bajar hasta el pavimento, cuyas losas se hallaban cubiertas por densas sombras. Producíanlas los altos y robustos pilares de sillería que sostenian la bóveda y en los que se reflejaba entonces el amarillo resplandor de las antorchas. En el atahud que alumbraban, yacia un hombre pálido é inmóvil como un cadáver y envuelto en un negro ropaje. Aquel hombre era el rey Wamba, aunque nadie le hubiera conocido en aquel sitio, en aquel traje y despojado además de su barba y su flotante cabellera, símbolo entonces de la nobleza y la soberanía. Un silencio mortuario reinaba en toda la iglesia, hasta que por la entornada puerta lateral que daba al claustro, penetró un monje, turbando con el ruido de sus pasos aquel solemne silencio. Era un monje benedictino, anciano y venerable, que acercándose

lentamente hácia el ataud, parecia que iba a tomar posesion anticipada del sitio que en breve deberia ocupar; pero su intencion era velar por algun tiempo al difunto, como se inferia del libro del rezo divino que llevaba bajo el brazo. Arrodillóse junto á la tumba permaneciendo un rato en oracion, despues se levantó y acercándose al cadáver, no fué dueño de contener su deseo de dirigir la última mirada al que antes de ser rey, ya fuera su amigo. Al ver tan desfiguradas aquellas nobles facciones y rapada aquella cabeza donde poco antes se ostentara la corona real, al ver tendido sobre el sepulcro al poderoso triunfador, se convenció mas y mas de cuan ilusorias son las grandezas de la tierra. Poseido de un terror religioso, tomó asiento en las gradas de la tumba, y abriendo el libro empezó á recitar fervorosamente sus salmos. Entretanto el supuesto cadáver empezó á moverse.

Si la ponzoñosa bebida que suministró al buen Wamba la perfidia cortesana, fué suficiente para producirle un continuado letargo, durante el cual sus enemigos pudieron lograr sus ambiciosos intentos, no fué suficiente á terminar los dias que aun le quedaban de existencia. Wamba no estaba muerto: en aquel momento volvía en sí, y cual si despertara de un profundo sueño, no sabia donde se encontraba ni lo que habia pasado por él. Sentia solo una debilidad extraordinaria y no podia darse razon de sus ideas desconcertadas, hasta que habiendo llevado la mano sobre su frente, al encontrarla despojada del cabello, carácter de su soberanía, entonces empezó á recordar y á comprender.

No pudo ejecutarse este pequeño movimiento sin llamar la atencion del monje que estaba orando. Sobresaltóse al principio, poniéndose inmediatamente en pié, fijos los ojos en el ataud: pero acudiendo á tranquilizarle su esperiencia de largos años que le hacia superior á ridículas preocupaciones, contuvo los ademanes de viva sorpresa que le causó el ver al rey con los ojos abiertos. Poseido de la mayor alegría se arrojó sobre el ataud exclamando:

—¡Señor!... ¡Señor!

Quiso Wamba incorporarse: pero estaba tan débil que no pudo verificarlo, por lo que el anciano, abrazándose con él, le ayudó á levantar diciéndole:

—¡Oh! no habeis muerto, rey mio! No: vos no debiais morir tan pronto.

—¡Morir.... Yo?

Esta fué la única contestacion de Wamba, y las palabras del monje, y el aspecto fúnebre de cuanto le rodeaba, fueron para él un rayo de luz que le hizo comprender perfectamente su posi-

cion. No dudando ya de que le habian querido enterrar vivo, se dejó caer casi desmayado, y en medio del terror que esta idea le infundia, aun pudo entregarse á una profunda meditacion. Toda su vida pasada se le representaba entonces, deslizándose rápidos los sucesos á su vista desde que le sacaron de su humilde mansión para subirle al trono, hasta que desde ese mismo trono le habian lanzado á la tumba. Acordóse del día de su coronacion, de los de sus conquistas, de sus victorias y de la humillacion de sus enemigos y de su último triunfo en Toledo, y al verse entonces tendido sobre aquel lecho de muerte, conoció toda la importancia de tan grande y terrible leccion, y cobró animo para saber aprovecharla.

Entretanto el buen religioso habia cuidado de apartar todo lo posible cuantos objetos fúnebres pudieran afectar la vista de su recuperado soberano. Quiso llevárselo en sus brazos, mas no fiándose de sus escasas fuerzas para tanto empeño, así que vió al rey mas restablecido y animoso le dijo:

—Salgamos de aquí.

—Sí: ayúdame á bajar.

Y Wamba sostenido por el monje, bajó de la tumba y llegó paso á paso hasta en medio de la iglesia. Allí se detuvo para decir á su compañero con tono solemne:

—No me niegues la verdad de lo que voy á preguntarte. ¿Ha circulado ya por toda España la noticia de mi muerte?

—Si señor.

—¿Para que habia yo sido trasportado á este sitio?

—Para que se os diese sepultura.

—¿Quién se sienta ya en el trono que yo ocupaba?

—Ervigio.... y aun dicen que vos en el primer acceso de vuestro mal, le habeis autorizado para ello.

—¡Ojalá sea feliz! Yo bendigo la Providencia divina.

Siguió Wamba caminando en silencio, caida la cabeza sobre el pecho y apoyado en el religioso, hasta que salieron al claustro de la abadía. La frescura de la noche reanimó algun tanto á Wamba que levantó los ojos al cielo, donde la luna brillaba con todo su esplendor. Entonces cediendo á una inspiracion repentina ó realizando el designio que ya llevaba premeditado, cayó de rodillas delante del monje diciéndole con entusiasmo:

—Padre mio, este hábito que me han puesto para que fuese mi mortaja, será mi vestidura en los días que el cielo aun me concede de vida.

Que nadie se atreva á desmentir la noticia de mi muerte. Entre vuestros monjes viviré solo para Dios, porque desde ahora he muerto para el mundo.

Así, trocando las grandezas humanas por las grandezas divinas, acabó su vida aquel hombre á quien Dios daría en el cielo una doble corona mas brillante que la que en el mundo habia renunciado.

F. F. VILLABRILLE.

Á MI DISTINGUIDA AMIGA

LA SEÑORITA

DOÑA JOSEFA MONDONEGUI.

LA CARIDAD.

Caridad, luz de los cielos,
flor hermosa entre las flores,
dulce amor de los amores,
santa y risueña virtud.
Yo te amo, y cantar anhelo
tus exelencias ignotas,
entre humildísimas notas,
al compás de mi laud.

Caridad, casta paloma
de azul y nevada pluma,
clara y trasparente bruma
que cubre el alma de amor.
Blanca nube en cuyo seno
brilla la lágrima ardiente
de la huérfana doliente
que percibió su calor.

Caridad, fuego sagrado
que del cielo se desprende,
rayo divino que enciende
en dulzura el corazon:
flor olorosa y dorada
de corola pudorosa,
lira suave y candenciosa,
de armónico y tierno son.

Que sublime y tierna espresa
con delicadas canciones
las celestes emociones
del amor santo de Dios.
Virgen humilde y hermosa
que, suavizando pesares,
vá penetrando en los lares,
siempre del dolor en pos.

Ella es la que dulce tiende
su amante y nevada mano
al desamparado anciano
que abandonado se vé.
Y que le dice afanosa
en su piadoso desvelo:
«yo disiparé tu duelo
«y á tu lado velaré.»

Ella es la que caminando
sobre un arenal ardiente
halla una niña inocente
abandonada al azar.
Y que cubriéndola amante
bajo su nevado manto,
enjuga su triste llanto
aliviando su penar.

Ella es la que tierna calma
las desoladoras penas
del que arrastra las cadenas
en una oscura prision.
Y á la que la tierna madre,
al ver de su muerte el día,
á sus hijos le confía
en amorosa mision.

Ella es, en fin, la que lleva
solicita y cuidadosa
sobre su cáliz de rosa
envuelto en lijero tul,
mas lágrimas dolorosas
y mas dolientes pesares,
que perlas tienen los mares
y estrellas el cielo azul.

Y cuando ya su cariño,
su piedad y sus cuidados
son, con desden, rechazados
por el ser á quien los dá;
entonces que ya no puede
calmar en la tierra el duelo,
remonta su blando vuelo
y al alto cielo se vá.

Y la Madre del Eterno
Virgen entre todas pura,
«ven, la dice en su tenura,
«reposa en mi corazon.»
Y reclinando su frente
en el seno de María,
¡ay! la dice: «Madre mia
«vengo á implorar tu perdon.»

«Tu perdon para el ser débil,
«que en fuerza de su agonía
«mi cariño maldecia,
«y mi piedad rechazó.
Y á las plantas de María,
de la punta de su manto
vertió las gotas de llanto
que sobre el suelo enjugó.

Y entonces la Virgen pura
miró al Hijo de su alma
y un iris de paz y calma
vió en su mirada brillar:
y la dijo con ternura,
alienta, Madre amorosa
y ven caridad hermosa,
ven mi perdon á llevar.

Pues yo perdono, y te amo,
amor de mi amor ardiente,
estrella blanca y luciente
de mi infinito fulgor.
Yo te lancé hasta los mundos,
cual un soplo de mi aliento,
para calmar el tormento,
y suavizar el dolor.

Y aun yo tambien, hija mia,
 en alas de tu desvelo
 por dar al hombre consuelo
 hasta el suelo descendí;
 y abrasado por el fuego
 de tu candorosa lumbre
 del Golgota en la alta cumbre
 mi último suspiro dí.

Y por eso, y el influjo
 de tu célica ternura
 tornárase blanca y pura
 el alma del pecador;
 que para darle mi gracia
 le bastará en su agonía,
 verter á mis pies un día
 una lágrima de amor.

María Hurtado.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

Valeria de Aguilar á Julio Villaverde.

Mil veces me ha jurado V. que su vida era mia, que mia era su voluntad, y aun me ha dado muestras de ello, plegándose á mis deseos.

Ha sido V. para mí la mano que ejecuta lo que la cabeza concibe, y casi puedo decirle que ha realizado en parte el ideal que yo tengo formado de el hombre que algun dia pueda interesar mi corazon.

Porque yó, ya lo sabe V., soy altiva, y al reinar en un corazon, quiero ser su señora absoluta.

Tal vez esto consista en que podré dar mucho amor, y quiero recibir mucho tambien: no admito los términos medios, y solo amaré con locura á un hombre que me pruebe que su razon está dominada por su pasion.

¿Será V. ese hombre? ¿quién sabe!
 Sus acciones lo probarán.

No olvide V. que yo no me obligo á nada, que nada ofrezco, y que solo digo: si V. anhela mi cariño, hágame V. ver que su pensamiento y sus acciones y su existencia me pertenecen, y entonces tal vez... piénselo bien, tal vez mi afecto será la recompensa de su abnegacion y su obediencia.

Hasta aquí, casi no tengo de quo quejarme.

Me ha secundado V.: no ha mirado si es justo ó nó lo que he exigido que lleve á cabo, y si le he dicho *anda*, no ha vacilado en seguir el camino; ha tenido V. confianza en mi palabra, y ha juzgado bueno lo que yo he creido conveniente.

Falta sin embargo la última prueba.

Mi hermana... hé dicho mal, la hija de mi madrastra, vive en un convento, de donde yo pienso que no debe salir; pues ella, pensamiento que nace ahora, alma que aun no ha dejado los velos de ineptitud en que se envolvía, no puede ser feliz en un mundo que aun desconoce, y que no la perdonaria nunca el idiotismo de su niñez, ni la ignorancia de sus primeros años. No; Angelina no podria encontrar la ventura en medio de una sociedad, á la que es preciso dominar para que nos acoja y nos alhague.

Ella quizá piensa como yo: ella desea la paz y el aislamiento del claustro, pero la ambicion de un hombre está próxima tal vez á destruir mi obra, y á hacer fracasar los proyectos que me animan hace quince años.

Y si esto fuera así, si esa niña se interpusiera entre la fortuna y yo, si tuviera que descender de la posicion que hoy ocupo, créame V., Julio, no se lo que haria, ó á donde me conduciria la desesperacion.

Por que yo no he nacido para vejetar sumida en la miseria y en la oscuridad; yo he nacido para brillar, para vencer, para dominarlo todo, y, ¡ay! del dia en que tenga que renunciar á mis ensueños, á mis hábitos, á mis deseos.

Por eso seré capaz de amar con locura á aquel que me ayude á realizar mis esperanzas, á conservar mi esplendor.

¡Oh! no habria sacrificio que yo no hiese, ni medio que no emplease para ello.

Así, pues, Julio, es preciso, ¿me comprende V. bien? es preciso que Angelina permanezca en el convento; que no salga jamás de él; que viva allí, ó que su presencia no sea una amenaza constante para mí.

Mi padre no se resuelve á obligarla á tomar el velo, por no se que temor pueril y vano; quizá duda del pasado; quizá se arrepienta de él... es forzoso decidirle á adoptar una resolucion decisiva, es forzoso impulsarle á que tome un partido.

Si Angelina hubiera sido menos tímida, menos

reservada, V. hubiera intentado un raptó, y una vez lejos de aquí, una vez perdida en la opinion de mi padre, éste no hubiera dudado ya, y hubiese decidido de su suerte conforme á mis esperanzas.

Pero ella es demasiado reservada, ella no es capaz de sentir; su espíritu, muerto tantos años para todo sentimiento impetuoso, no puede salir de su apatía... no puede revivir á otras emociones... á no ser que nos engañe á todos, á no ser que su corazon lata por un hombre, del cual es preciso separarla para siempre, para siempre!

¡Oh! sí: yo lo quiero, Julio, yo lo quiero; comprende V. bien esta palabra? yo lo quiero, y es preciso que se haga. No piense V. en los medios, no se detenga ante las dificultades, empléelos V. todos, vénzalos todos, ese es el precio que pongo á mi amor; á mi amor que será de usted, cuando Angelina desaparezca para siempre de España, sin que ni mi padre, ni él que se interesa por ella, logren saber su paradero!

A V. le es esto fácil, muy fácil.

Ella, no me cabe duda, espera á Fabian, y solo de él tomará consejos, solo por su influjo adoptará una resolucion.

V., como autorizado por mí, es el único que puede hablarla desde que está en el convento, y V. puede decirle que Fabian está de vuelta, que le ha comisionado para entenderse con ella, que vá V. en su nombre, por que sus ruegos le han vencido.

Una vez inspirándole confianza, hará V. de su voluntad lo que quiera, la decidirá á todo, á todo, por que le mirará como á su protector, como á su amigo, ¡y es tan fácil inspirar seguridad á una niña como Angelina, es tan fácil convencerla de que debe seguir al hombre que ama! y sobre todo, si este hombre es Fabian de Ossorio.

V. puede decirle que él la llama, V. puede decirle que él desea que abandone el convento y que le siga, que le siga en compañía de Susana, si aun le queda algun escrúpulo que vencer.

Y ella cederá, ella no opondrá dificultad alguna.... y una vez fuera del claustro, una vez lejos de Madrid, puede V. llevarla á Francia, á Italia, donde V. quiera dejarla, en otra casa de religion, custodiada y segura. Soy demasiado rica para poder hacer todo esto, y estoy resuelta á llevarlo á cabo, si V. me ayuda... y así lo hará! ¿no hemos ya puesto término á empresas mas dificultosas? ¿no fué V. quien fingió las cartas que perdieron á Blanca? ¿por qué hemos, pues, de retroceder, si ya estamos ligados el uno al otro? ¿por qué volver atrás en la senda que hemos emprendido? ¡Oh! no es posible, no puede ser!

Y no se asombre V. ni se espante por la suer-

te de esa niña. Ya haremos que sea feliz: lo que yo quiero es imposibilitarla para Fabian, y hacerla aparecer culpable ante mi padre, de esto solo depende mi dicha, de esto acaso dependa su amor de V.

Rompa V. esta carta cuando acabe de leerla, y guarde solo en su memoria los proyectos que le confio.

Ya vé que tengo entera confianza en su silencio cuando le revelo así mi pensamiento.

VALERIA.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

APÓLOGO.

Dice mas de un ser grave
que igual la fuente, que la flor y el ave
saben hablar desconocido idioma,
que es en la fuente su rumor suave
y en la planta quizás, es el aroma.
Esto es, sin duda, un hecho, aunque asombroso,
pues yo se que una tarde placentera
un girasol soberbio y jactancioso
enojado exclamó de esta manera:
—Orden dá de cortar todos los dias
menudas flores de este parque el amo,
cuando con solo cuatro de las mias
puede formar un elegante ramo.
¡Cómo el alma se engaña, cual se ofusca!
mis pétalos de oro nunca observa,
y á la violeta busca
que se esconde medrosa entre la hierba.
No admira mi arrogancia, mis colores,
al pasar á mi lado,
yo, que debiera ser entre las flores,
lo que el sol á otros astros comparado!
Y esto escuchando, replicó una fuente,
que era á aquella cuestion indiferente:
—Te quejas sin razon, pues ten en cuenta
que una leccion te ofrece el mundo, donde
se desprecia al que méritos ostenta,
premiando en cambio á aquel que los esconde.
Es la modestia un don puro, precioso,
que halla para lucir propio destello:
comprende, vanidoso,
que no siempre lo grande y lo vistoso
suele ser lo mas útil y mas bello.

JULIA DE ASENSI.

LA MANO DE LA PROVIDENCIA.

(CONCLUSION.)

En seguida contempló el desnudo y árido camino, miró la blanca línea que se prolongaba sin fin, serpenteando como una cinta agitada por el viento caprichosamente, y exclamó: ¡Solo! ¡solo!

¡Solo! repetía lentamente, dejando apoderarse de su mente reflexiones impropias de su edad; pero de repente levantó la cabeza, y exclamó: ¡No! solo no; Dios está conmigo. Y dobló piadosamente sus rodillas sobre las piedras del camino.

¡Dios mío! guíadme; Virgen Santísima, madre del niño Jesús; yo soy también un niño, no me abandoneis. Jesús, vos que habeis sido niño como yo, tened compasión de mí.... Y luego levantándose y volviéndose bruscamente de espaldas al campanario de su pueblo, como si temiese que su vista hiciese desmayar su valor, se lanzó ardorosamente al camino que se desplegaba ante él.

A eso del medio día, el cansancio y el hambre le iban dejando sin fuerzas, y trató de buscar un sitio cómodo y á cubierto del sol para hacer su frugal comida.

Hallábase entonces al pie de una montaña, en cuya ladera había un grupo de árboles que, además de la sombra que ofrecían, podrían proporcionar tal vez algunas frutas refrescantes, y con esta esperanza dirigióse alegremente hacia aquel delicioso bosquecillo.

Una calesa vacía, cuyos caballos andaban lentamente, seguía su mismo camino: una señora anciana que había bajado del carruaje por el placer de andar un rato á pie, caminaba despacio al lado del postillon sin hablarle. Menut se adelantó con ligereza á la calesa, caballos, señora y postillon, y se dirigió hacia los árboles.

Al acercarse, descubrió sentado al pie de un árbol sobre la hierba á un anciano vestido con todo el traje de la miseria, y cuya fisonomía expresaba la desolación.

--Señor, dijo Menut, intimidado por la presencia de un compañero con quien no contaba, ¿puedo sentarme aquí?

--La hierba de la carretera es de todo el mundo, respondió bruscamente el anciano.

--¿Sufré usted acaso? replicó el niño con timidez y vacilación.

--¿Por qué? preguntó el anciano en el mismo tono de su anterior respuesta.

--¿Por qué me responde usted con dureza? dijo Menut.

--¿Como puedes á tu edad comprender el motivo de mi aspereza?

--¡Ah! demasiado lo comprendo, porque he vivido con desgraciados, dijo Menut cobrando ánimo... y sé que cuando se tienen penas, se trata con aspereza á todo el mundo....

--¡Pues bien! ¿quieres saber lo que tengo? dijo el anciano: tengo sed, hambre, estoy muy fatigado para poder ir mas lejos, y es preciso que muera aquí como un perro.

--¡Hambre! aquí tiene usted mi pan, dijo el muchacho, sacando de su bolsillo un pedazo de pan; ¡sed!... todavía hay algunas gotas de vino en mi calabaza: beba usted.... es poca cosa.... pero... allí viene quien sin duda tendrá mas que yo, y le socorrerá á usted. Voy á padir para usted; jamás lo he hecho para mí; pero para los demás debe de ser mucho mas fácil.

El viejo no respondió. Menut se adelantó hacia la señora; pero apenas hubo dado algunos pasos, se detuvo y se ruborizó.

--No me atrevo, prefiero darle á usted lo que poseo, dijo volviéndose al anciano, y poniendo en sus rodillas un pedacito de papel envuelto: no hay mas que nueve cuartos, añadió, esto es todo lo que ha podido darme mi madre al despedirnos; felizmente no los he necesitado.... aquí tiene usted.

El pobre levantó al cielo sus humedecidos ojos, y exclamó: ¡Oh Dios mío! bendice á este pobre niño que se despoja de cuanto posee por un viejo extraño y desconocido. Y lentamente se deslizaron dos lágrimas por las mustias mejillas de aquel desgraciado.

Pero la acción del muchacho, y mas aun el enternecimiento del pobre, no se había escapado á la viajera de la calesa, que se acercó á ellos.

--Buen anciano, no puedo menos de confesarlo, tal vez hubiera pasado por su lado de usted sin aliviar su miseria. Pero este muchacho acaba de darme el mejor ejemplo de moral cristiana que pudiera inspirar el mas elocuente sermón.

--¡Caramba! interrumpió cándidamente el niño, es que yo... yo sé muy bien lo que es tener hambre y sed....

--¿Y tú á donde vas? ¿puedo servirte en algo? dijo sonriendo la señora á Menut.

--Yo desearia bajar esta cuesta para ir al pueblo inmediato, donde tengo amigos que me recibirán bien, si todavía viven, dijo el anciano.

--Y yo al contrario, dijo alegremente Menut, quiero ir á Barcelona á buscar á mi padre, cuyo nombre ignoro.

--Mala circunstancia es esa para encontrarle, dijo sonriendo la señora.

--¡Oh! pero tengo su retrato, y si es usted de

Barcelona acaso le conocerá, contestó Menut sacando el medallon de su seno.

Sí, soy barcelonesa, dijo la viajera tomando el medallon; pero apenas lo tuvo entre las manos, exclamó casi temblando: ¡Hermano mio! ¡oh! es él, es él... dijo fuera de sí; y tomando á Menut en sus brazos añadió: Tú eres el niño á quien busco hace tres años... Mi pobre Luis huía con su mujer, é iban á reunirse conmigo á Francia!.. Ambos murieron casi de repente; ella de fatiga y él de pesadumbre. He sabido únicamente, por haberlo oído decir, que llevaban consigo á un niño... Pero ¿qué había sido de él? Despues de tres años de penosas é inútiles investigaciones... le encuentro al fin.... aquí... en una carretera, haciendo una obra de caridad evangélica.... cuando había preguntado en vano á todo el mundo por él. Mi cabeza se confunde... ¿Qué es lo que debo reconocer en este milagro?...

—La mano de la Providencia, interrumpió el anciano levantando las suyas al cielo.

—¿Con que mis padres han muerto? preguntó Menut, á quien nada de cuanto había oído había causado impresion mas que esta circunstancia.

—Tú serás mi hijo, querido niño, repuso la señora cubriendo las mejillas de Menut de besos y lágrimas..... ¿Pero por qué pones sería tu hermosa cara? ¿qué tienes? ¿qué quieres? Habla....

—Mi segunda madre, dijo el niño, vive no muy lejos de aquí; está inquieta y llora por mí... ¡Oh, señora, si fuéramos á aliviarla y darla algun consuelo!

—No puedes tener mejores sentimientos! replicó orgullosa y contenta la señora. ¡Oh! bien se conoce que eres hijo de mi hermano.

Poco me queda que decir para acabar esta historia, hijos mios. Doña Eugenia, su sobrino y el anciano llegaron hasta el pueblo inmediato, donde el último encontró una familia que lo recibió con alegría. En cuanto al pequeño Menut, despues de haber puesto, gracias á su tia, á la vinda Cayetana al abrigo de la miseria, marchó á Barcelona, y aunque han pasado desde entonces algunos años, jamás ha olvidado aquel pueblo, ni á su segunda madre, ni á sus cuatro hijos, á los que les ha proporcionado buenas colocaciones, en donde se ganan honradamente la vida.

V.

CAMINO DEL CIELO.

(BALADA.)

La madre está de pechos
á la ventana,
viendo caer la nieve
muda y pausada.

Todo blanquea,
cabañas y rediles,
campos y breñas.

No teme que á la cuna
del tierno niño
lleve cuajados copos
el viento frio...

—¡Ay! ¡pobre madre!
Aquella cuna encierra
solo un cadáver.

Por eso miran tanto
sus ojos fijos
de la nieve y el viento
los remolinos.

Por eso exclama
con doloridos ayes:
«¡Hijo del alma!»

«¿Por qué no espiró un día
de primavera,
como flor que á los cielos
vuelve su esencia.

¡Ay! ¡cuantos pájaros
fueran con el gozoso
aleteando!...

«¡Oh! ¡pero en esta tarde,
solo y sin guia,
luchando con las nubes
y la ventisca,

mi pobre ángel
irá muerto de frio
por esos aires.»

Es ya la media noche...
sigue nevando...
La madre tiene al ángel
en su regazo...

De la ventana
voló en su busca al cielo,
¡Ha muerto helada!

Pedro A. Alarcon.

Granada:—Imprenta de la Madre de Familia.